

Los Negritos del Nordeste de Luzon

Por el Rdo. P. Mauricio Vanoverbergh

Misionero en la Provincia Montañosa, de las Islas Filipinas

(Continuación)

ABRIL 24 (Jueves)

Después del desayuno, esperamos con impaciencia la llegada de Allapa, quien no llegó a la hora prometida; pero en el preciso momento de salir a buscarle en su casucha, llegó pidiéndonos dispensación por su tardanza. Antes de partir nos dijo que teníamos que pasar por tres arroyos y que él no podría atravesarlos conmigo en sus hombros; para asegurarle le contesté que si él podía pasarlos, yo también intentaría hacer lo mismo y que no me importaba mojarme un poco los pies.

Salimos pues de Malunog cerca de a las 7:30 de la mañana; cuando el Sr. Padua, Allapa cargado con la cámara fotográfica y un servidor habíamos andado unos diez pasos, ví, al volver la cabeza, que un hombre nos seguía. Enseguida pedí explicaciones y el Sr. Padua me dijo que él había invitado a aquel individuo, un Ilokano, pariente del teniente, para que nos acompañara porque él temía por su piel. Le dije que aquel solo individuo nos molestaría más que todos los Negritos juntos del norte de Luzón, y efectivamente: apenas habíamos andado media hora cuando nuestro

hombre principió a quejarse de la aspereza del sendero, a quedarse atrás, a pararse de vez en cuando, en una palabra, a molestarnos muchísimo.

Como no había ningún camino directo de Tumok a Futtul, nos vimos obligados a volvernos vía Malunog. El bosque tropical por donde pasamos consistía de varias especies de árboles gigantescos, cubiertos de orquídeas y demás plantas y flores, y de toda clase de arbustos, matas, helechos, zarzas etc. y otras muchas plantas que formaban una inextricable masa de vegetación. Imposible de ver ni la tierra ni el cielo en estos bosques primitivos, en donde todo son hojas y flores. Esta vegetación se extendía hasta la colonia de los Negritos quienes han irripado en algunas partes el terreno hasta ahora nunca tocado por mano humana.

Nuestro camino pasaba por una región undulante, en donde las colinas se sucedían las unas a las otras, separadas por varios arroyos, y formando así valles más o menos estrechos.

Después de cerca de una hora de caminata encontramos una casa



Casuchas negritas abandonadas

Negríta abandonada.

Esto era demasiado interesante para pasar desapercibido y así es que aunque había poca luz bajo estos arcos de vegetación tropical, hicimos todo lo posible para tomar una fotografía de las ruinas de estas habitaciones de los hijos de un bosque virgen.

Al pasar el primer arroyo, Allapa, cogió con gran dexteridad una especie de langostín que entregó al viejo Ilokano encargado de nuestras provisiones, recibidas con toda generosidad del teniente a nuestra salida de Malunog.

De vez en cuando sucedió que el Sr. Padua y el Ilokano perdieron el camino y, cada vez que esto ocurría, gritaban para llamarnos aunque nos encontrábamos solamente a una distancia de no más de diez yardas de ellos, lo que prueba la clase de bosque que tenía-

mos que pasar. Gracias a Dios, yo no perdí el camino porque seguí muy de cerca a Allapa.

Por fin después de haber andado desde a las 7:30 hasta a las 11 de la mañana por entre una red de matas y zarzas, sobre piedras punzantes y raíces salientes, por interminables arroyos y pantanos traidores (el sendero que seguimos no merecía el nombre de camino porque nadie más que un Negrito podía haberlo percibido), llegamos a un pequeño espacio libre ocupado por algunas casuchas de Negrito. ¡Que hermoso nos pareció el cielo después de haberlo perdido de vista durante tantas horas! El lugar donde nos encontrábamos se llamaba Agingay y, como nos dijeron más tarde, nadie más que Negritos venían a este sitio.

Antes de salir del bosque, Allapa gritó para anunciar nuestra llega-

da; así es que nadie se escapó; solamente los perros ladraban al por mayor y todo el mundo era todo ojos, especialmente los niños que parecían temer mucho. Habiendo tomado asiento en el suelo de una de las casas, no tardaron en acercarse todos sin exceptuar los niños, quedándose en pie o dando algunas vueltas a nuestro alrededor, y ya no nos dejaron ni por un momento solos sino cuando fuimos a comer.

Para aprovechar la oportunidad de poder llevar algunos recuerdos de este país inexplorado, tomamos algunas fotografías de las varias familias que componían aquella aglomeración sin cambiar un poco su manera de vestir. Sacamos también una fotografía de una de las casas. Las casas de aquí están bastante bien construidas, al menos si las comparamos con la mayor parte de las demás casuchas que más tarde encontramos.

Tomamos algunos informes de valor, compramos algunos arcos y algunas flechas y, a las 2 P.M. nos despedimos de esta buena gente. Fuimos por el mismo sendero que seguimos esta mañana y llegamos a Malunog completamente exhaustos.

Avisamos al teniente que a la mañana siguiente, después de tomar algunas fotografías, saldríamos para Futtul. Prometió acompañarnos, excusándose al mismo tiempo de no habernos podido acompañar hasta Agingay, porque la visita del presidente le había obligado a quedarse. Le dispensa-

mos enseguida porque de habernos acompañado hubiera sido más un obstáculo que una ayuda.

ABRIL 25 (Viernes.)

Después del desayuno fuimos a casa de Allapa a quien encontramos en el acto de hacer fuego al modo de los Negritos. Tomamos algunas fotografías, una de él y su familia, otra de sus vecinos y también de sus casas. Salimos entonces de Malunog guiados por un Negro y acompañados del teniente y varios otros Negritos que intentaban ir de pesca. Cruzamos el río Malunog por medio de un puente que consistía en un árbol caído. Al otro lado, nuestro guía, disparó una flecha contra un jabalí que cayó muerto antes que nos percatásemos de la presencia de este animal. Más lejos vimos algunas culebras y, cerca de Futtul, pasamos un arroyo sobre las espaldas del teniente. En Futtul, pasamos por varias casas de Negritos, charlamos con uno de los habitantes y recibimos como regalo de uno de ellos un huevo de "okong." En este momento fuimos sumamente sorprendidos por la aparición de Allapa que llegó muy fatigado corriendo hacia nosotros; parecía que el Sr. Lameg había regalado al Sr. Padua algunos pescados salados que él había dejado olvidado al tomar las fotografías de la casa de Allapa, y ahora venía este a restituir el condimento precioso que durante el resto del mes llenaría nuestra residencia de un olor muy característico. Le dimos las más

efusivas gracias y, después de haber andado algo más, llegamos a casa del concejal Sr. Manuel Llano, un Ilokano, que nos recibió cordialmente.

Descansamos un poco y después proseguimos hacia la Iglesia abandonada que encontramos con dificultad, porque tanto el interior como el exterior se habían convertido en un verdadero bosque.

anduvimos por sitios húmedos desde Talifugu hasta nuestra vuelta a lugares más secos.

El teniente de Futtul había prometido llevarnos a Nagan en su frágil banca, pero, como se acercaba la noche, nos pidió que esperaríamos hasta la mañana siguiente. Accedimos enseguida porque preferíamos descansar que hacer otra cosa. En esto el Sr. Llamég se



Iglesia abandonada de Futtul

Intentamos limpiar el sitio para poder tomar algunas fotografías, trabajo que nos costó una mojadura que nos dejó hechos una sopa, porque en el entretanto había empezado a caer una llovizna y no había ningún lugar en donde cobijarnos. Todo el tiempo nuestras piernas y nuestros pies estaban cubiertos de sanguijuelas, experiencia que nos molestó siempre que

marchó y le dimos las gracias más sinceras por sus servicios y su afabilidad.

El Sr. Llano, que había residido aquí más de diez años, nos dio algunas informaciones de mucho valor sobre la vida de los Negritos. Por la noche los mosquitos y los chubascos no nos dejaron tranquilos.

(Se continuará)